

CANTOS RODADOS

BIBLIOTECA CÉSAR BRAÑAS
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

8611

Q7 Quiñónez, Delia
Cantos rodados / Delia Quiñónez,—
Ministerio de Cultura y Deportes / Editorial
Cultura, 2016.
128 pp., Colección Poesía, Serie Rafael
Landívar, No. 107

1. POESÍA GUATEMALTECA
2. LITERATURA GUATEMALTECA

I t.

© Delia Quiñónez, 2016

© Por la presente edición, Editorial Cultura, 2018

Diseño de portada: Wingston González

Edición al cuidado de Editorial Cultura

Consejo asesor para las letras: Elías Jiménez
Director de Difusión de las Artes

Escritores: Carmen Matute de Foncea
Gloria Hernández
Luis Méndez Salinas
Gerardo Guinea Diez
Julio Serrano Echeverría

Una publicación de Editorial Cultura
Palacio Nacional de la Cultura, tercer nivel oficina 6, Guatemala.
editorialcultura@gmail.com

Impreso y hecho en Guatemala

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

CANTOS RODADOS

DELIA QUIÑÓNEZ

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA
“MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS” 2016

Colección Poesía,
Serie Rafael Landívar, No. 107

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Ministro de Cultura y Deportes
José Luis Chea Urruela

Viceministro de Cultura
Juan Alberto Monzón Esquivel

Director General de las Artes
Edgar Dagoberto Búcaro Pérez

Editor
Francisco Morales Santos

ÍNDICE

- Como cantos rodados / 9
- *Revisitaciones a la poesía de Delia Quiñónez*, por Francisco Morales Santos / 11

PEDERNALES DE CRISTAL

- El siglo que lo vio pasar / 17
- Retrato de Códices / 23
- Las puertas de la vida / 25
- Relámpago / 29
- En el túnel / 30
- Eco que recuerda / 32
- Ritual de infancia / 35
- Cantos rodados / 37
- Bendita la palabra / 38
- Al margen de la poesía / 40
- Evocación de las palabras / 45

CLARIVIDENCIAS Y ESPEJISMOS

- Misiva de Eurídice / 47
- Misiva de Dánae / 48
- Misiva de Cloe / 49
- Misiva de Dafne / 50
- Misiva de Zeus / 51
- Misiva de Eco / 52
- Misiva de Pandora / 53
- Misiva de Atenea / 54
- Misiva de Perséfone / 55
- Misiva de Circe / 61
- Misiva de Andrómeda / 62
- Misiva de Melpómene / 63
- Misiva de Antígona / 65
- Misiva de Io / 67

- Misiva de Casandra / 69
- Misiva de Némesis / 70
- Misiva de Andrómaca / 71
- Misiva de Fedra / 73
- Misiva de Safo / 74
- Misiva de Ariadna Invicta / 76
- Casi misiva / 77

LOS ELOGIOS

- Elogio de la luz / 78
- Elogio de la flor / 80
- Elogio de los videntes / 82
- Elogio de las danzantes / 83
- Elogio de la amistad / 85
- Elogio del Esperanto / 87
- Elogio de la ira / 89
- Elogio del mar / 90
- Elogio de los jardines / 91
- Elogio de la tristeza / 93
- Elogio de la paciencia / 94
- Elogio de desamor / 95
- Referencias de personajes mitológicos / 99

SIGNOS ANTIGUOS

ULTRAMAR

- Cronista / 106
- Travesía / 106
- Vigilia / 106
- Cronista / 107
- Islas afortunadas / 107
- Tierra / 108
- Cronista / 109
- Espejitos / 110

- Espada en Tierra / 110
- Hijo del sol / 111
- Tatuaje / 112
- Verbo y cruz / 113
- Credo y código / 113
- Otro Pedro / 114
- Otra vez espejito / 115
- Retorno / 115
- Cronista / 116

NOS HABITA EL PARAÍSO

- Balsa de contraluz / 117
- Palabras ungidas en la pie / 119
- Orilla redentora / 120
- El deseo navega en solitario / 121
- Proa y saeta / 121
- Cresta y espuma / 122
- Arcángeles rebeldes / 123
- Eco de sombra / 123
- Nos habita el paraíso / 124
- Luz en contra / 125

COMO CANTOS RODADOS

Al igual que las pequeñas piedras que el tiempo y el agua van transportando y poco a poco puliendo, los textos recogidos en el presente volumen constituyen una recopilación de diferentes etapas de ejercicio poético. Muchos de ellos han formado parte de publicaciones y muchos, también, son inéditos. He querido reunirlos aquí, atendiendo a temas recurrentes en mi escritura e, ineludiblemente, a personales gustos y emociones.

En la sección *Pedernales de cristal* se incluyen poemas ligados principalmente a una preocupación por la condición humana, a un orden social injusto y que, sin embargo, no están exentos de un tono intimista, predominantemente lírico y ajeno a la protesta obvia.

Clarividencias y espejismos está conformado por una serie de misivas donde determinados personajes mitológicos toman la palabra para expresar —ya sea con matices eróticos o reflexivos— situaciones de un aquí y ahora que, como esos personajes, siguen vigentes a través del ojo crítico feminista. Asimismo, el apartado incluye una serie de elogios, cuya formulación busca la síntesis y pretende una expresión conceptual muy precisa.

Una tercera sección, *Signos antiguos*, incluye una serie de poemas bajo el título de *Ultramar*, donde expreso mi punto de vista respecto de la llegada de los españoles a América y, en particular, a Guatemala. Se trata de visiones acerca de un tema polémico y poco dado a la conciliación; motivos que van en busca del equilibrio entre criterios tan dispares como los que sigue provocando tal hecho por su trascendencia histórica, económica, social y, en suma, cultural.

En este apartado se incluye también *Nos habita el paraíso*, un poema erótico, donde el símil, los símbolos y la expresión metafórica predominan para enfrentar —formal y conceptualmente—, el tema del pleno goce del amor en pareja. Ambos poemarios bre-

ves, resultan a mi modo de ver, signos antiguos por su significado y permanencia.

Como los cantos rodados, amorfos en su disparidad temática y formal, y que como tales, aspiraron a ser pulidos por el tiempo y el agua, estos poemas se entregan aquí, desnudos bajo el sol y bajo sus propias sombras.

Delia Quiñónez

REVISITACIONES A LA POESÍA DE DELIA QUIÑÓNEZ

Desde hace décadas vengo escuchando una especie de cantos de ritmo sostenido y grave, fortalecido por la perennidad, la esencia de lo arcano y el asombro que brinda el día nuevo. Hablo de la poesía de Delia Quiñónez, la única mujer que formó parte del grupo Nuevo Signo, a finales de los años 60, y que aportó los acordes de un arpa, así de cadenciosa y suave.

Pero voy un poco más hacia atrás, a los tiempos en que se aproximaba a cerrar su educación secundaria y, a través de sus poemas, ya daba muestras de su andar por lecturas de autores cercanos en el tiempo y del despertar de la conciencia ante sucesos político-sociales que avizoraban tiempos difíciles.

Así, los poemas de *Barro pleno* (1968), la *plaque* con que se da a conocer en el ámbito literario, ponen de manifiesto, no solo estas apreciaciones, sino el sumo cuidado que tiene en la elección de las palabras para que valga la pena lo que quiere decir. Al mismo tiempo, el título deja entrever la identificación de la poeta con ese elemento terrestre que va, como dice, “trasmutando mi cuerpo / en viva flor que destila rocío...”. Pero al mismo tiempo que canta a lo íntimo, se solidariza con el mundo que la rodea, invocando al clavel y pidiéndole con vehemencia:

“¡Asciende por mi lágrima
y quémala tras la tibia apretazón
de tus pétalos profundos!”

para terminar el poema “Lágrima viva”, de este modo:

“¡Incendia mi lágrima y
hechízala con tu espumeante rojo!”

El clavel que enarbola como símbolo de sangre, fuego, lágrima, aparece una y otra vez en *Barro pleno*, pero tiene un significado más

profundo en “Marzo, fuego de vigilia”, poema identificable con las jornadas estudiantiles de marzo y abril de 1962, muy lejos del panfleto, más cerca de la angustia y el coraje. El poema comienza así:

“Marzo, titilante responso,
viejo y ensombrecido clavel.
¡Qué multitud de ojos desgarrados
reflejan aún tus amapolas!
¡Qué avalancha de voces
hace rugir
la delgadez callada de tus ríos!
¡Cuántas sombras errantes hieren
la dorada canícula de siglos!”

En el desarrollo del poema coloca tercetos que, aunque varían en contenido, constituyen una salmodia que hace más grave el poema (“Marzo, / dura crin, / cristal de turbia llamarada.” “Marzo, taciturna gaviota, ilímite fragancia enardecida.” ... “Marzo, / pleamar de la angustia, / rosa de espinas duplicadas”).

Y el poema termina:

“(Un viejo llanto tiñe de soledad
tus voces cristalinas,
pero un nuevo dolor ha parido
la sílaba renovada de la espera.)”

En la evolución de su quehacer poético, Delia Quiñónez ofrece poemas enriquecidos con imágenes diáfanas como “Palabra, / vuelo de piedra, / puño y flor, / de vastedad, / de pequeñez...”, que invitan a una lectura sin límites, una lectura en la que no caben despropósitos de carácter analítico o comparativo, tendencia esta que se repite cuando no se quiere reconocer en el momento justo la capacidad que tiene todo creador auténtico para encontrar su propia voz. Porque si bien es cierto que en su proceso de crecimiento intelectual un escritor o un artista está sujeto a influencias, cierto es también que llega el momento en que alcanza el acento propio. En su caso es un

logro que llegó temprano. A la vez evidencia que se tomó el tiempo necesario para hacerse oír sin atropellos, que no tenía prisa ni ansias por la nombradía. Todo su empeño estuvo puesto desde el principio en trabajar la palabra y desde luego el ritmo. Estas afirmaciones se sostienen en el hecho de que las veces que he vuelto a leer los primeros poemas que le conocí mantienen el oxígeno necesario para seguir viviendo; es más: crecen, vibran. Deduzco que en esto también tiene que ver la formación que ella y su generación recibieron de maestros empeñados en brindar nuevas luces de conocimiento.

Desde aquella *plaque* del 68 —año emblemático por muchos motivos, como la rebelión juvenil en París, la matanza en la Plaza de las Tres Culturas en la ciudad de México, el asesinato de Martin Luther King, el surgimiento de grupos literarios en varios países de América Latina, entre otros—, se escuchará a Delia Quiñónez, referirse de un modo muy peculiar a situaciones que la conmocionan; por ejemplo:

“Inquietantes corolas
me tiñeron de rojo:
y tuve el aroma,
y la luz
y el fulgor enrarecido
de las rosas:”

En su transitar por la poesía, con frecuencia recurre a elementos terrestres como rocío, aromas, geranios, rosas, clavel, elementos generadores de vida y al mismo tiempo lazos que la unen a la tierra. Más que ornamentos poéticos son reafirmaciones constantes de una mujer que defiende con firmeza la existencia de los seres y las cosas; por eso no vacila en alzarlos como pañuelos fraternales. En relación con las flores, uno de los poemas más expresivos es el titulado “Fragancia inútil” que inicia con una reflexión acerca del aroma de esa flor y el anhelo de que pudiera generar un sueño y por último derramar tal utopía “en medio de la noche y su silencio”.

Por lo que dice un poema como este, es evidente que Delia Quiñónez trasciende la contemplación y la exquisitez de algunos seres incapaces de ver cómo puede dársele alas a la cotidianidad;

trasciende para abordar con fuerza asuntos que agobian a este mundo. Sin efectismos ni aspavientos, sino con ese tono suave pero firme que la caracteriza, alcanza a hacerse oír y sentir y por ende su poesía se vuelve intemporal, es decir que es para los seres de hoy y los de mañana.

Y es que, para ella, la palabra es un don pródigo en luces para atravesar un tiempo oscuro como el que le toca vivir y de ahí proviene su afán de trabajarla con paciencia, de nombrarla con sustantivos como “incandescencia” o frases rotundas como “pozo sin fronteras”, de transparentarla, de elevarla al nivel de arte precolumbino como cuando alude a “la palabra del glifo”. De honrarla, en fin, de esta manera:

“Bendita la palabra
que inaugura un paisaje,
una piedra en el camino
un lento fuego que sucumbe.
Bendita la palabra
que nace
cuando se abre una puerta,
un recuerdo,
una herida.”

El tema del amor en sus variadas formas —menos la volandera— florece a lo largo de su creación poética. En *Otros poemas* su voz se caracteriza por la firmeza y la templanza con que a la soledad o a los recuerdos del otro, que yacen como naves encalladas, opone la decisión de abrirse caminos, de seguir adelante y de pronto desembarcar en “ese pequeño recodo” que puede ser la poesía. Porque este libro lo ocupan cavilaciones alrededor de la soledad, los adioses, las ausencias, todo ese enjambre de sensaciones cotidianas que nacieron del fuego y que, de igual manera, pueden ser de mí, de ti, de quien se adentre en la lectura de estos versos. He ahí, precisamente, el valor de toda buena poesía, su poder para envolvernos.

El dolor —¡ah, siempre el dolor que nos envuelve!— no le es

ajeno a quien como ella enhebra días y años en la memoria; así, en el poema “Hoy, estos días”, dice:

“Un crespón de luto
floreció en esta esquina,
en la tienda contigua,
en aquella mano sin mancha,
en este autobús
que cruje nervioso de silencio.”

En lo que le concierne directamente como mujer, no es aventurado encontrar a Delia Quiñónez cerca de Luz Méndez de la Vega y de la escritora chiapaneca Rosario Castellanos, cuando trata el enfoque sexista que se les da a las mujeres desde que nacen y a lo largo de su existencia: discriminación ante el hombre, muchas veces desde el seno del hogar, discriminación en los estudios, en el trabajo, discriminación por el color de la piel, o lo que es lo mismo: por su origen étnico, etc. Su cercanía con las escritoras mencionadas tiene que ver con la forma ponderada pero enérgica que emplea para manifestar su feminismo:

“Porque fuimos niñas
empezamos el tránsito
en el borde un pétalo sombrío.”

(“Atavismos”)

“Y las sombras empiezan a cercanos
investidas de colores absurdos:
encajitos ilusos
asaltan nuestra joven melena
donde caben una flor, una estrella
o un príncipe dorado
inventado en los sueños.”

(“Prejuicios”)

Hace un tiempo me referí a *Rituales sobre la piel*, el último de

sus libros publicados, como el espacio donde recrea el mito y el amor con una pasión intensa. Pero al mismo tiempo que hilvana realidad y fábula con hilos de amor consistentes, Delia reafirma su capacidad creadora a la vez que abre nuevos caminos a su poesía.

Francisco Morales Santos
Guatemala, 30 de agosto de 2016

PEDERNALES DE CRISTAL

EL SIGLO QUE LO VIO PASAR

A Luis Cardoza y Aragón

El siglo que lo vio pasar, don Luis,
ocupa muy poco espacio
en la palma de su mano.

Ese siglo que tiene entre sus siglas
el oro y la piedra,
la seda
y la rústica mortaja
el pedernal
y la aguja de las desesperanzas
fue para su honda cotidianidad,
un acertijo irredento,
turbio,
cósmicamente intenso
e increíblemente real.

Pero usted lo apretó entre sus dedos
lo metió en cada pliegue de su cerebro
y en cada esquina por donde sus ojos
descorrieron e inventaron misterios;
así,
espasmo de paraísos deshabitados,
empezó a descifrarlo
con aguda reflexión de lava y volcán,
de huracán
de sal y planetas
de colmenas y hormigueros,
de cánticos abiertos
y colibríes fecundos.

En el agua remota de las fuentes
donde su memoria guarda
 el más claro recuerdo
 de este y otros mundos,
—allí, urgido de verdades—
humedeció la palma de sus manos
 y en ellas, como en un espejo,
 ese siglo de vientos tempestuosos
 empezó a reflejarse
 con una cadencia que llegaba,
 abrupta y vital,
 desde el día en que las constelaciones
 empezaron a vestirse
 de estrellas y distancias.

Acaso, de tan pequeño,
el siglo que lo vio pasar
se le escurre entre los dedos,
se desliza frente a los signos
de su palabra
y entonces,
despiertan nuevos siglos,
palpitan en su voz
con la misma fuerza de los terremotos
que hirieron los conventos
las torres
las casas
los palomares
 de primeros y segundos patios.
Despiertan y se encrespan otros siglos
 se mecen, eternos
 en su voz de antigüeño empedernido,
 en el clarín de las sílabas
 que apelan al gesto digno
 y al ritual de la justicia.

Allí,
en ese recodo de antiguos esplendores
donde —según usted dice—
sentía que el volcán
anidaba en el patio de su casa,
allí —digo— se origina su palabra
fecundamente grávida
de ansias constructoras.

El siglo que lo vio pasar
se volvió tan pequeño
que cupo en el puño de su mano;
pero usted
 alfarero de arcillas milagrosas
lo moldeó a fuego lento
con la pasión del verbo
y lo conjugó cada cuaresma
con el aroma de las rosas
y el polen que reverdece en los balcones.

En su mano
la línea del corazón
se prolonga indefinidamente
como un mar abierto
cuajado de luminosos archipiélagos,
como vasto sembradío
 —río impetuoso y soberbio—
 firmamento
 invadido de memorias sin nombre.

Por eso el siglo que lo vio pasar
ocupa muy poco espacio
en la palma de su mano:
se vuelve gota de miel
 rocío,
 trigo,

gema de luz,
diamante
raíz, hoja de hierba en presagio de
árbol,
substancia,
suma de lo perfecto.

En su mano, la línea de la razón
la que desmitifica, la que lanza el dardo
es igualmente incontenible:

galopa,
trepas,
invade;
burila la palabra ineludible
entre las nieves más altas
hunde en las playas agujijones,
espadas,
silicios justicieros.

En la noche de sátrapas
veleidosamente renovados
cabe su voz, don Luis,
como un estilete fino y recio
para que las sombras no hundan su garra fría
en los cuatro puntos cardinales
del eterno solsticio
en el que madruga la patria cada día.

Hay también en su mano
una línea de memorias inconfiscables:
entrañables ríos luminosos
lagos y valles hurtados al confín
de cielos terrenales:
patria que es la suya
en perfiles de piedra
y selvas de áspera humedad,

lagos, soles y crepúsculos gloriosos,
mercados en flor,
panes tristes de hoy,
hambres de ayer y de mañana.

Esa memoria que se enreda
en sus manos
más parece un océano que un hilo breve
 metido entre su frente arcaica
 y al mismo tiempo joven;
allí donde supongo
que se guardan —sin polvo— los recuerdos,
 la madeja del tiempo
 los potros de la ira,
o la melancólica tibieza
del corredor repleto de geranios.

La línea de la vida tiene en su mano
el tamaño del cielo,
la blancura y aroma de todos los azahares
 presentes y futuros;
por eso, el siglo que lo vio pasar
 de tan pequeño se estacionó
 en sus manos prodigiosas,
sembró árboles inmensos que suben
 decididos
hasta el filo de la música y el canto,
o bien se insertan en la orilla de los lienzos
 donde los colores aspiran a perpetuarse
 como si fueran relojes
 trepados en la misma nube.
En su mano la línea de la vida
 rasga la tierra y las conciencias
 estremece de júbilo
la libertad y sus campanas

y llena de frutos dulces
y primicias vegetales
las cestas y los valles.

Por eso los remolinos
se agolpan en las líneas de su mano
y en las sílabas exactas de su voz y su palabra.

Por esa poesía sonámbula
que trasciende
sin ruidos ni artificios;
por todo eso, don Luis,
el siglo que lo vio pasar
ocupa muy poco espacio
en la palma de su mano.

RETRATO DE CÓDICES

A Ricardo Juárez y Aragón

Cuando los códices
abrieron su cáliz de palabras
el viento desbordó
la redondez del mundo:
hubo ecos para anunciar
la substancia de los nombres
y los verbos saltaron
como garra de león
asiéndose al destino
y al misterio de los hombres.
Las fragancias adjetivas
—náufragas—
apenas dueñas de su eterno vuelo
quedaron oscilando
en la estrella más próxima.

Ellos, los códices,
apresaron el fuego
y repartieron sabiamente
el tiempo que no cupo en los relojes;
bastaba un trazo
para encerrar
el enigma de la piedra,
la tentación del reptil
y la colmena,
las fauces entreabiertas
de la próxima tormenta
o la cosecha ciega
de eternidades sin memoria.

En la entraña de los códices
durmieron los peces y los vientos;

las rocas maduraron
todavía sujetas
al mañana inevitable;
y en aquella piel
de extrañas levaduras
los caracoles retumbaron
para atrapar la historia
y encender una hoguera
que durara
cuanto tiempo duraran los oprobios.

Piedra y silencio
dormitan
sobre su piel de áspera manzana.
Sus intensos laberintos
gravitan en una cruz de fuego
por cada pirata
que intentó derribar sus columnas
y por cada encomendero
que hurtó el canto
de los hombres y los pájaros.

Memoria sin rescate,
los códigos se aferran al silencio.
En la estrella más próxima
el intérprete descifra aquel polen
nacido de todos
los códigos silentes.

LAS PUERTAS DE LA VIDA

In Memoriam
María Eugenia Muñoz
María Alejandra Palomo

María Eugenia y María Alejandra
tocaron las puertas de la vida.

Ellas, pacientes,
esperaron a que aquellas puertas,
tan antiguas como el tiempo
derramaran su luz
cuando se abrieran.

No en vano la eternidad
empieza justamente en el instante
en que rozamos
el recóndito misterio de la luz
y con ella
nuestra íntima visión de lo eterno.

Ellas están frente a las puertas de la vida:
reconocen su clara levadura
y se abisman en la esencia
de todas las auroras que circundan
su arboladura eternamente joven.

Ellas penetraron en un resquicio de tiempo
que no admite largos peregrinajes
y avanzaron, a solas,
con toda la plenitud de quien invade
algo más que átomos y materia descifrada.
Se lanzaron a la vida
juntando sus dedos índice

en un acto creador
donde el universo aparece impregnado
de músicas reveladoras
de todos los enigmas.

María Eugenia y María Alejandra
llegaban de un tiempo sin raíces:
eran viajeras de un país
taciturno en sus rencores
e ineluctablemente presuroso
en la búsqueda de estrellas y de brújulas.

Llegaban de un país etéreo
y al mismo tiempo pesado como un lastre
condenado a evitar que la nave
se enfrente a la espuma
y la sal renovadoras.

Llegaban desde las profundidades
de océanos sin límite
y vibraban, ardidadas,
recuperando viejos naufragios
e intentando resarcir con la palabra
la perdida memoria
de los glifos en calma.

Frente a las puertas de la vida
ellas invocaron al Padre
con un temblor que rasgó los relámpagos donde se hilvana
la ira del cielo y de la tierra.

Lloraron, acaso, un perdido horizonte
invadido de algas, pájaros y peces;
y de pronto enredaron su memoria
en la luz que la cubría
con una lluvia de esperma luminoso.

Ellas no decidieron
enfrentarse a la vida
antes del día último:
las arrastró un viento áspero y amargo
que rasgó las vestiduras del cielo
con anticipadas tempestades.

Pero ahora están
frente a las puertas de la vida
desafiando al olvido
con una sonrisa
que llega desde los árboles
y las hojas de los árboles
y las raíces que sostienen esos árboles
donde su pulso quedó palpitante
para apresar una estrella entre los dedos.

María Eugenia y María Alejandra
avanzan más allá de las puertas de la vida:
renacen cada día en este insomne peregrinaje
que intenta rescatar
el humus de sus pasos y la savia que corre, desbocada,
entre sus venas abiertas.

Más allá de las puertas de la vida
está la luz que cubre sus perfiles amados,
sus palabras de siempre,
la inquietud de sus sueños
y el largo vuelo de sus vigalias.

Los vientos estériles
regresan a la nada;
se enredan en las tinieblas.
Ellas, de cara a la luz
son *polvo enamorado* que resucita en el barro,
en la flor, en la arena,

en el fragante polen de los amaneceres
y en la insistente pasión de los crepúsculos.

Más allá de las puertas de la vida
están ellas
juntando sus manos
en un acto creador
que se derrama, serenamente,
como la luz en los patios,
como la aurora en los mares,
como la mies en la longeva curva de la tierra,
como el llanto dulce que mitiga la herida
o el canto viejo en la eterna profundidad de las cavernas.

María Eugenia y María Alejandra
tocaron las puertas de la vida
entraron con su propia luz
y se llenaron de otra luz
tan clara y antigua como el tiempo
y tan humanamente real
como la suave e íntima visión
de su propia eternidad.

(Marzo de 1997)

RELÁMPAGO

Ahora que ya no se resbalan azahares en mi piel
un relámpago tiembla entre mis poros
y amarra mi quietud entre silencios.

Ahora que el viento no es parte de mis pasos
un relámpago
me toma de la mano
y me invade de rutas y senderos.

Ahora que mi palabra no da sombra a mi sombra
un relámpago se detiene en mi frente
y entre sus voces rescata mis olvidos.

Ahora que ojos y piel quedan prendidos
en sombras y pasos de otros mares
un relámpago me llega desde lejos
me ciñe entre su luz
y en su trueno resucita
mi voz y mi memoria.

EN EL TÚNEL

Habité muchos meses
un túnel misterioso.

Luciérnaga
pez
—acaso alga—
me embriagué de dudas
y esperé
—olvidadiza—
que el tiempo fluyera
—suave y justo—
sobre el agua
que meció
la quietud que me habitaba.

Con los ojos cerrados
recorrí el alba interminable
deslizada entre el *no ser*
de cara a las estrellas
y el *ser* en la niebla
del túnel milagroso.

En aquel túnel
de suaves agonías
ensanché mi mundo de tinieblas
y los minutos dilataron
su propio mar de incierto sueño.

Jubilosa
luciérnaga,
pez,
—acaso alga—
rememoré
la dimensión exacta de la nada.

Túnel
y niebla
 quedaron soterrados
en la esquina donde mi ser
—luciérnaga
 pez
acaso alga—
 desembarcó
—suave y justo—
entre la luz y el tiempo que me habita.

ECO QUE RECUERDA

A Francisco, Julio Fausto, Roberto,
Antonio, Luis Alfredo y José Luis,
poetas de Nuevo Signo

Soy rumor de ola y huella sobre el espejo:
anclas movedizas con las que penetro
en este túnel huidizo y frágil que me invade.

Soy, en esa esquirla de tiempo
que estalla con angustia de vuelo,
un eco que recuerda
—de pie, frente al espejo—
la marea de los siglos
la eterna fuga de pájaros y peces
la indolente
suave calma
de los relojes sin cuerda.

Soy porque recuerdo
y me agoto en la espuma
de muchos mares antiguos
de rutas pasajeras
de pasos y sombras
que cruzan mis orillas.

Ola y espejo
cuajan sobre la superficie
de mis horas vividas
con rumor de agua leve
o grito de tempestad encarcelada.

Soy porque recuerdo.
Porque en mis espejos se dilatan
los relámpagos que ardieron

en medio de cálices
y vientos generosos;
porque en ellos tiembla la luz y se duplica
ajena a mi rostro que proclama
la carrera del tiempo.

Ola y espejo admiten mis silencios
y trepan —luctuosos—
sobre la primavera
que dejé empañada en un recodo sin nombre.

Soy
en la lentitud de mi memoria
un pez
que invade las algas
para tatuar de nuevo sus aletas;
un filo de navaja
que intenta hilvanar la distancia
con el viento
y la última nave de Ulises irredento.

Ola y espejo
donde quedan mis heridas,
mis campanas en vuelo
mis ojos
y mis manos en silencio;
mi tacto abarcador
mis pies de barro
y esa irremediable
manía de soñar
donde me abismo
para entender los aromas
el sabor de la sal,
el rebrote de los amaneceres
o las pruebas nucleares que anticipan
el próximo desastre.

Soy
porque el polvo ha penetrado
en todas las rendijas
 desde donde acostumbro
 descubrir el mundo;
porque transito
 transida de huellas
 y de signos silvestres.

Ola y espejo
 quiebran su andar
 en la nemorosa ruta donde habita
 mi alegría triunfal
 mis ecos sin respuesta.

Soy un resquicio de tiempo
 en esta ola
 que retuerce su cuello
 de cisne enardecido
para mirar
 entre la sal y el cielo
 su rostro congelado
 en un espejo
 de undívagas llanuras;
ojo eterno
 donde se queman
—a sol abierto—
los minutos que tengo
 entre las manos.

RITUAL DE INFANCIA

Empezó mi silencio
a cubrirse de
rocíos y hojas frescas.

Llegaba la luz
al doble vientre de la infancia:
razón y palabra,
evidencias y voces
en la cima del tiempo.

Caminé de la mano
de tutelares huellas,
de sonrisas prendidas
en el arco de un templo,
en el nido de un pájaro
surgido de la entraña del cielo
o de una piedra
caída entre las aguas
de un río quieto y dócil.

Hierbas, silvestres primaveras,
volcanes y arroyos de quimera
mecieron el resplandor primerizo
que penetró en mis pupilas.

Las fragancias penetraron
corriendo entre mis laberintos:
se hicieron plenitud en los pulmones
y volvieron al aire que los trajo
sin contratiempo alguno.

Abordé los sonidos
como quien sube a un tren
de ritmo lento

que lleva en sus ventanas
todos los paisajes del mundo.

Traslúcido, mi tacto creció
recibiendo fulgores, aguas nuevas,
clarividencias y espejismos:
era rumor que sorbía
la plenitud del cielo
y el gozo de la tierra prometida.

Margaritas y angelitos de barro
llegaron a mis manos
invocando la primera palabra,
rozando apenas
la piel de los limones
que aromaban el patio.

Sencillos goces se adueñaron
de mi boca:
mieles, frutas y esencias que dormían
despertaron
agitando mi lengua
con sabores que llegaban de puntillas.

Nada brillaba tanto
como la plegaria y el rezo
de los atardeceres
cuando empezó el ocaso de la infancia
y los rituales sobre la piel
iniciaron su largo trino en el tiempo.

CANTOS RODADOS

Llegó como un río
transmitiendo voces nuevas
entre las aguas profundas.

A veces era un eco,
una hoja de hierba,
un pequeño milagro.

Era música de cantos rodados
brillando —húmeda—
en las tardes soleadas;
sonriendo —agreste—
en el rumor de las calles;
cantando —triunfal—
entre mis sílabas quietas.

Llegó en un abril antiguo
derramando corolas en mis parques
dejando huellas en mi cuaderno de versos
titilando en mi cielo,
volando en mi nave
y navegando en mi barco.

A veces era rumor,
un farol en la esquina
una puerta entreabierta.

Era un río
con música de cantos rodados,
tiempo redescubierto
viento y vuelo
para el milagro que llegaba
entre las aguas profundas.

BENDITA LA PALABRA

Bendita la palabra
que inaugura un paisaje,
una piedra en el camino,
un lento fuego que sucumbe.
Bendita la palabra
que nace
cuando se abre una puerta,
un recuerdo,
una herida.

Palabra,
incandescencia,
brota para tus labios,
para las cuatro esquinas
de tus ojos
para el perro sin nombre
que espera tu llegada.

Bendita la palabra
que resume
tu lento ahogo de esperanza;
la que alaba la dulzura
de tu cena frugal;
la que enardece el simple gesto
que anuda la correa de tu bota.

Palabra, erosión sin llama,
la que nace para fijar
un nuevo y viejo ademán
cuando me besas.

La que nutre tu pelo
y celebra distancias;

cae
o se despeña en arreboles.

Palabra,
vuelo de piedra,
puño y flor;
de vastedad,
de pequeñez,
de todo lo
humanamente humano;
de todo lo divino
que no alcanza
a llenar su dimensión
en nuestros labios
sedientos de palabras.

AL MARGEN DE LA POESÍA

“Supe entonces que el gran poeta y el mal poeta,
ambos tienen el mismo sufrimiento, la misma alegría,
el mismo triunfo o la misma derrota.
La diferencia estriba en encontrar la expresión debida.
Algunos, sólo balbuceamos...”

Antonio Brañas

Eterna buscadora de cárceles, la poesía.
Su voz
presa en la palabra,
en el ritmo,
en el aleteo incesante
y turbio de la idea.

¡Cuán libre su fragancia
suspendida en cráteres lozanos,
en penachos de temblorosa epifanía;
en vírgenes burbujas
donde el agua
aquieta el torrente
que luego devendrá en rocío!

Resuelta a la búsqueda
de cedazos donde el alfa y la omega
entretejen sus redes luminosas,
en ellos despeñó el grácil sueño
que el hombre acostumbraba detener
entre la lógica, la niebla o el espanto.

La poesía estuvo siempre
más allá del hombre y su frontera:
parpadeaba entre el sollozo de cada era glaciár;
reinaba, abrupta y hostil,

en la epidermis de los dinosaurios prehistóricos
y en la flama de los dragones sonámbulos.

Pero la poesía también huyó del paraíso:
se abrazó —alucinada—
al tembloroso pecado de la carne
y anduvo
—tiempo y tiempos bíblicos multiplicados—
buscando la mazmorra,
el temple del acero con que Moisés
y Salomón
y el divino David
sacudieron su esplendor,
en piedra, hoja y cítaras celestes.

¡Cuán libre es su luz
en el radiante despertar de la razón;
en el ópalo sombrío de las tardes con duda
y aún en la tiniebla memorable
del odio, la ira y el rencor!
Luz precipitada entre la reja y el acoso
con el que Homero se abría,
como un ancho río de deltas infranqueables,
para apretar entre su dulce lengua
el griterío que Héctor retuvo en las retinas.

En miles y miles de escamas de sirena
se enredó la poesía:
¡laberinto de laberintos
que nunca más reencontró
la punta del ovillo!

¡Cuán libre la ternura
que engalana un vientre madurado!
La que cincela a fuego y hierro
el desgarrado grito del exilio;

la que unge con piadosa bondad
la mano que mendiga
un pan, una sonrisa, una estrella.
Ternura,
torrente,
dimensión agónica,
la poesía se fuga en pos de la palabra:
cárcel, reja,
fértil colmena de los trinos de Juan
y de Teresa la docta.
¡Vaso y vino que adelgazaron la sed,
la delirante costra reseca de La Mancha!

Eterna buscadora de cárceles, la poesía.

Transitaba, feliz, entre el iris;
dormía —trémula—
en la alcoba del niño y la doncella,
en el tálamo de circunvalación intermitente;
se posaba en el dolor del hombre
que pierde las batallas;
en el ultraje que acecha
la dignidad,
la luz,
el aire de los pueblos.

¡Cuán libre el torrente que se fuga
hacia la cárcel de márgenes darianas;
oprimido,
titila en la hierba que rumia el viejo Whitman;
encerrado, prisionero del llanto,
su torrente arrebató
la recia coraza
de aquel César de Césares andino.
Legendario corcel que arde
sobre archipiélagos donde Pablo, el hombre,

derrama relámpagos de luz por sus cuatro costados,
por su única herida!

Eterna buscadora de cárceles, la poesía.

Agua de sed inacabable,
hormiga que trepa en el silencio
de ácidos recuerdos.

Libre su cauce entre la piel gastada de las piedras.
Huidiza constelación
que la mano del hombre rompe
a fuerza de invocar
la sabia eternidad de la lechuza.

¡Cuán libre el manantial
donde tiende su faz
de cuadratura equivocada!
Qué insondable precipicio.
La cárcel donde Miguel,
el Miguel de los olivos, la cabra y la boñiga
encerró la leche cuajada —cortada— de su luna.
¿En qué frontera de espanto o dulce miel
cayó la flor
que Antonio y Federico hurtaban a la tierra?
Cárcel el surco donde sus voces
de cristal y barro
prendieron banderillas de sangre hacia el silencio.

¡Cuán libre la libertad
que Obregón*, Arango** y Aguilera***
tomaron por los cuernos!
Elixir, Pedro a Secas (1)
en la herida que un rayo
con cinco siglos viejos
abrió bajo el negro costado de los cerros.

Eterna buscadora de cárceles, la poesía.

Breve, etérea presa
que los Brañas (2)
retienen en las manos.
La que Francisco (3) enmascara
bajo un sonsonete
que desgarrá campanas.

¡Cuán libre la tempestad
que corre en pos de la palabra!
Eternidad,
misterio,
moho desmemoriado,
larga risa que oprime el canto de los ángeles.

*Roberto Obregón

** Luis Alfredo Arango

*** Julio Fausto Aguilera

(1) Poema de José Luis Villatoro

(2) César y Antonio Brañas

(3) Francisco Morales Santos

(Todos ellos, poetas de Guatemala)

EVOCACIÓN DE LAS PALABRAS

Las palabras siempre llegan del cielo.

A veces se hacen acompañar de un viento suave; y mueven, sin saberlo, las fibras ocultas de la coraza donde nos resguardamos del dolor.

Traen murmullos de otras latitudes y se internan en el alma como queriendo decirnos que no hay distancia capaz de romper el hilo frágil de los recuerdos.

O bien, traen briznas de hierba y caen en la dura tierra de los rencores y empiezan —como inesperado milagro— a reverdecernos por dentro.

Traen el mismo ritmo de las olas donde nuestros barcos de papel se llevaron aquella infancia de breves recorridos.

Traen sal, rumor de algas o peces inciertos. Traen velas para orientar la ruta de los sueños que perdimos en alguna esquina.

Llegan barriendo con todas las espumas de otras vidas, de otros mundos, de otros sueños.

Las palabras siempre llegan del cielo.

A veces traen el ácido sabor de la ira y no se detienen ante ninguna puerta, sino se enroscan como serpientes en cada paso que damos, en cada alegría que rehusamos compartir.

Pero también llegan como gota de lluvia transida de luz para dar al gris todos los colores del iris y regresan a la tierra borrando, sin prisa, las lágrimas de los días oscuros.

Traen en sus sílabas la caricia del niño que busca nuestro pecho, como quien busca la fuente de la vida, para atraparla entre el tibio nido de sus manos.

Las palabras siempre llegan del cielo.

Se cuelan entre la voz de quien clama por un cielo menos turbio y una tierra menos triste.

Se adentran, sin permiso, en la mirada que busca el horizonte para ensancharlo y navegar en él, de cara a las estrellas.

Zodíaco para rastrear nuevos destinos, las palabras tiemblan frente

al más débil sonido que intente vulnerar la incierta dimensión de los planetas.

Aún después de haber recorrido el Purgatorio y el Infierno, las palabras siempre llegan del Cielo, porque a golpes de angustia derribaron un día las puertas del Paraíso y saborearon la libertad fuera de cárceles y yugos milenarios.

Envueltas en truenos, las palabras llegan a veces para iluminar o transformarse en semilla de nueva fruta, saciar el hambre y desterrar la soledad.

Otras veces traen malas nuevas, una cruz a cuestas y una corona de espinas entre sus sílabas grises. Triste mortaja para cubrir el sentimiento que no cabe en las palabras.

Algunas veces las palabras se arrastran como piedras en los ríos y se pulen para que el sol pueda brillar sobre ellas con más nitidez, para que puedan cantar su mejor victoria y alzar su más límpido estandarte.

Las palabras siempre llegan del cielo.

Florece en la plenitud del amor. Se preparan, airoosas, para el banquete de la luz y para el vino de las tinieblas y de esa manera conjugar el mundo en tan sólo dos cuerpos.

Encierran, como pequeñas caracolas, todas las sinfonías del planeta y empiezan a tocar una nueva música, inmersas en todos los lenguajes de la tierra.

Traen las palabras la suave brisa de la amistad, la sabia reflexión o la serena cantata del perdón; casi un imposible triángulo de perfección donde quisiéramos anclar nuestros últimos pasos.

Búsqueda siempre de todos los mundos posibles, las palabras siempre nos llegan del cielo.

CLARIVIDENCIAS Y ESPEJISMOS

MISIVA DE EURÍDICE

No llores, Orfeo,
la perdida fragancia de mi cuerpo
ni el lecho doblegado de deseos
donde el tiempo fue vid y espiga presurosa.

No llores ni lamentos
la ausente humedad
donde solías recrear tu estrella viril
y abrigarla entre rumores de hierba.

No llores,
sino húndete en la herida
que sólo estuvo esperando por tu daga.

No me busques en las tinieblas
porque sólo en la luz me acerco
al motivo de tu canto
y sólo en ella soy música,
rocío tempestuoso,
fuego que busca tu calor,
la sed de tu agua,
la miel de tu panal.

No me llores, Orfeo:
devuélveme a la luz
antes que otra serpiente
devore la curva de mis senos
y se ahogue en el centro
donde ahora florece el hechizo de tu canto.

MISIVA DE DÁNAE

Querido:

Recibí tu lluvia de oro
envuelta en pergaminos de hace siglos.

Aunque no traía remitente
ni fragancias de mares o de bosques
supe que llegaba de ti
asaltando el tiempo
para cruzar abismos
y deslizarse, victoriosa,
en una eternidad desconocida.

Cálida,
no supo que calmaba
una sed indescifrable
y que gota a gota
transformaba la núbil caverna
en prados y vergeles.

Pero ya no envías, querido,
ninguna lluvia de oro
porque ya no hay pergaminos
que resistan los siglos
y en la núbil caverna
la luz podría transformar en piedra
el oro de tu lluvia.

MISIVA DE CLOE

Querido:

Una noche la cara visible de la luna
me descubrió tu parte gris,
tu enlutada presencia
de amante confuso y veleidoso.

Entonces empecé a recorrer
los caminos del llanto y de la ira
y desterré los secretos
que ardieron como leño
en las cuatro esquinas de la alcoba.

Envolví las arenas de tus puertos,
quemé los soles de tus mares errantes
y cubrí de espuma el fuego de tu nombre.

Mucho tiempo después
lancé saetas desde mi propia herida
y tus ojos derramaron sangre
hasta quedarse vacíos.

Por eso, querido,
no podrás leer nunca
esta misiva que te escribo
desde la cara invisible de la luna.

MISIVA DE DAFNE

Querido:

Ancho es el bosque
donde tu paso apresura distancias
y hondo es el asedio de tu canto.

Vienes de la luz
y sin embargo
te detienes en mi puerta;
multiplicas el eco
y anhelas mi palabra,
antecedes al sol
y buscas mi penumbra
adivinas los sueños
y esperas mis respuestas
vienes del triunfo
y anhelas mis batallas.

Pero yo, querido,
no quiero estandartes de gloria
ni escudos que relaten la odisea
de haberte negado
el cálido refugio de mi pecho:
quiero tan sólo
—¡vanidad de vanidades!—
dormirme en mis laureles.

MISIVA DE ZEUS

Queridos:

Sé que no ignoran
que el tiempo
no pudo devorarme:
y que acaso, por triunfo tan tremendo,
mi trueno
arrasó los cielos y la tierra.

Olvidan sí,
que fuerza y poder
me llegaban del deseo:
el que engendra violencias
de piedra, cal y arena;
o el que instala lechos de amor
para sorber mieles prohibidas.

Pero ahora, desde esta rendija
donde un día la fuerza y el poder
se escurrieron entre afrentas y silencios
les recuerdo
que el deseo es ceniza
que no renuncia a convertirse en llama
aunque arda Troya
a causa de un lecho vulnerado
o mil bombas violen las entrañas
de las aguas que se funden
en la tierra y en los cielos.

MISIVA DE ECO

(Antes de ser condenada a decir
no la primera, sino la última palabra)

Querido:

Cuentan que he vivido
contando historias
para adormecer furias
o propiciar encuentros clandestinos.

Nada más cierto:
inmersa en las palabras
sólo encontré soledades
y no el vocablo justo para ascender al cielo
en carrozas de fuego.

Y tú, mi querido Narciso,
no supiste atrapar en el líquido espejo
la única palabra que pudo liberarte.

Flor en medio de mi pecho,
habitas la misma cueva de sombras
donde yo, eco sin respuesta,
hilvané algún día la historia de tu nombre.

MISIVA DE PANDORA

Dioses queridos:

No olvido que turbios

—como siempre—

me enviaron a la tierra

encubierta de dones, astucias y belleza;

y que veleidosos

—como siempre—

me dieron órdenes claras

de no abrir jamás la famosa cajita.

Pero yo, la dotada con todas las gracias,

jamás ignoré que ustedes

—turbios y veleidosos—

me hacían instrumento de rencores antiguos

y que males eternos llevaba entre las manos.

Entonces

un día en que la tierra soñaba con trascender

más allá del deseo de los dioses,

con ojos inocentes miré hacia el Olimpo,

abrí la cajita

y terminé para siempre con ustedes.

(Por demás les digo

que ni la esperanza quedó en la cajita

porque sólo ustedes creyeron en ella

cuando turbios y veleidosos

me hicieron instrumento de sus males)

MISIVA DE ATENEA

A quien interese:

Como casi nunca hablan de mis lágrimas
ni del dolor que atravesó mi carne
cuando la guerra alzaba sus banderas;
como casi nadie se hace eco del temblor
con que mi pecho acalló la nostalgia
de los días frutales;
como casi nadie
resguarda en la memoria
mis ansias de lecho compartido,
entonces renuncio al metal de los escudos
que retienen mi imagen en el hielo.

Como casi nadie habla del frío que recorría mi frente
cuando veía la tierra convertida en herida
y mi pecho en torrente de angustia,
entonces
cubiertas las entrañas vulneradas
bajo la túnica tejida por mis manos,
renuncio a la luz y al tiempo
que yacen esperando que la historia
borre de golpe las cenizas
para encender el fuego nuevamente.

MISIVA DE PERSÉFONE

—Manifiesto de la primavera—

Madre:

no me gusta este reino de tinieblas
donde ni siquiera el fuego
calienta mi corazón
y donde a fuerza de violencias
vivo ausente del viento
y del barro que fecunda cópulas
y eterniza primaveras.

Alguien dijo que vendrías a buscarme
y que para vengar este encierro de ultraje
derribarías trigales
desterrarías viñedos
y sorberías el agua de los frutos.

Pero heme aquí, prisionera sin culpa,
ángel en los infiernos
estrella entre murallas,
flor entre reptiles.

Búscame sí,
pero no dejes que Zeus decida por ti
ni exculpes al raptor que me encerró
entre fuego y olvido
hurtándome la voz y la palabra.

Porque no quiero ser semilla ni fruto transitorio
sino agua y viento surcando trigales y viñedos,
camino plácido, fuente de delicia
y útero bendito por deseo propio.

No dejes que el rencor
obnuble tu juicio
porque otro negociará mi libertad
y entonces, madre,
tu venganza será mustia y triste
como los meses del invierno
donde tú y yo seguiremos cautivas.

CONVOCATORIA

Desde una cúspide intensa
el tiempo convoca a las corolas
y a la luz de los días largos
que intentan definir la primavera
con sus misterios boreales
y sus esencias de vírgenes fragancias.

Convocada, Perséfone
invade con suaves claridades
el orbe antiquísimo que resulta niño
cuando ella sonrío.
Y entonces emerge
sobre las tinieblas del eco austral
que la mantuvo en silencio
al compás de equinoccios y solsticios.

El tiempo la convoca
y Perséfone retrasa su llegada
porque antes sacude su llanto
sobre el hombro cansado
que Démeter le ofrece
cada vez que la primavera inicia su camino
sobre la tierra venturosamente joven
y en misiva silente desborda su tristeza.

PERSÉFONE ACUDE A LA CITA

Ahora, hermosa y trágica,
el tiempo la devuelve a la luz,
a la fértil marea de jóvenes envueltos
en el Eros de los días soleados.

Ella danza, en alusión suprema de un Boticelli
enamorado de la vida
y del paisaje que Venus preside
deslumbradoramente mágica
y dulcemente revestida de ternuras.

Perséfone viste colores milenarios
embriagando de rojos audaces los claveles,
envuelta en verdes increíblemente
saturados de esperanzas
volcada en amarillos de trigo esplendoroso
y de rosas volcánicas y ardientes.

Llega suavemente corpórea
como pétalo o corola,
como semilla promisoría
como viento sutil de aromas frutecidos cada día.

Llega envuelta de tibiezas,
de trinos y pájaros despiertos
con el alba de marzos y abrilés renacidos
en un Vivaldi pleno de celestiales músicas.

Llega y toca las puertas de la vida
sin quebrantar el pasto que alimenta corderos
para inmolar en el sagrado altar de los crepúsculos.

Perséfone acude a la cita
sin olvidar que su tránsito terrestre,
está marcado por un pronto retorno a las tinieblas.

LA LLEGADA DE PERSÉFONE

He vuelto a la tierra
-dice-
después de un largo viaje
desde las oscuras fosas del invierno.

Veloz y serena
llego revestida de alegría
de cánticos, visiones frescas y arcoiris
para cumplir la voluntad del dios de las tinieblas;
decisión que Zeus, arbitrario como siempre,
aceptó para calmar la tristeza invernal
que mi madre deshojaba con plañideras voces.

PERSÉFONE ENTRISTECE

Pero estoy aquí, cubierta de dudas y silencios,
porque vuelvo a la tierra
con una antorcha en las manos
y sólo encuentro espacios sin hierba
y frutecidas tristezas.

Nadie acude a recibir mi mensaje.

Están todos navegando en arenas salobres
sorbando gotas de agua para mitigar las penas
que les llegan como torrentes de angustia,
en lugar de los ríos temblorosos de vida
que en antiguas edades calmaban la sed
y refrescaban la voz para cantar alegrías y salmos.

Dicen que
—desterrados del paraíso—
abandonaron surcos

que cuidadosas manos
colmaban de semillas y esperanza.

He llegado a un país bañado por dos mares
que se agitan sin tregua;
a un lugar vestido de lagos
que un día fueron impecables
como rostros de virgen.

He llegado a un paraje breve y tímido
que custodian impacientes volcanes
con cráteres que deshojan rocas purpúreas
silenciosas y agrestes.

Es un lugar donde tiembla cada día
para mecer como en cuna
su frágil geografía
y encubrir rompimientos violentos
en sus dulces entrañas de jade.

Es un jardín donde el cielo impoluto
resguardaba claveles,
aromas, mieles y romeros.

Pero ahora encuentro llamas
que calcinan almas y cuerpos
sin redención ni piedad.

Turbios son los remansos de los ríos,
donde los peces bullangueros queman
las últimas velas de su vuelo.
Selvas tristes que se encojen cada día
al filo de las sierras y de monedas extrañas.

EL ADIÓS DE PERSÉFONE

Ahora imploro,
como sauce llorón tendido en la ladera,
volver al inframundo.

Ciega,
regreso al lugar de las tinieblas,
para esperar,
con los ojos vendados y una balanza en las manos,
que mi próxima cita con la tierra
tenga el mismo aliento
que Démeter, generosa y triunfal
reparte a manos llenas;
para que en el festín de la vida
la primavera se deshoje
clarividientemente lúcida
y envuelva en luz
este planeta mínimo
que ajeno a mi tristeza
sigue llorando
envuelto en su soberbia.

Estarás contento, Hades,
de volver a verme.

MISIVA DE CIRCE

Olvidados los cantos de sirena
se abismaron
—náufragos—
en mi torrente de brebajes extraños.

Buscaban suaves brisas
y en la memoria de los mástiles
apenas quedaban sedimentos de guerra.

En los remos y en el ancla
llevaban la sangre de mujeres
hurtadas a los muertos,
cálices y túnicas ondeando en su soberbia.

Entonces los apreté entre mis labios,
bebí su sangre de guerreros invictos,
los sepulté en la sinrazón del oprobio
y tú —Ulises de las mil tretas—
rescataste sus perdidos atributos
para quedarte, rehén del tiempo,
sorbiendo mis hechizos.

Siempre supe, querido,
que no deseabas volver al reino que era tuyo;
yo en cambio adiviné
que tus velas eran gaviotas huidizas,
que tu mástil era más fuego que brisa
y que tu barca era apenas un destello de mar
ardiendo entre cenizas.

MISIVA DE ANDRÓMEDA

Llegó para besar,
a pausas,
la sal
que se impregnó en mi cuerpo.

Lengua devoradora de
íntimas colinas,
de cavidades claras,
de oleajes escondidos
en cada luna donde la sangre cuaja
y se adormece intacta.

Su lengua ardió
contra la sal de mi cuerpo.
Iba,
sabiamente errante,
sorbiendo nieblas
de antiguo amanecer,
desbrozando caminos
que temblaron como hojas.

Atada a una roca
sospechaba el contacto
de sus manos,
de sus brazos silentes,
de la espada lúdica y certera
que taladró, impecable,
mi suave y tibio surco.

Impregnados de sal
volvemos de otros mares
coronados con dos lenguas de fuego
y un húmedo rumor en las pupilas.

MISIVA DE MELPÓMENE

Queridos espectadores:

Os entrego mi máscara,
mi corona triunfal,
el espejo donde se hilvana
mi belleza
y el puñal que reafirma la gravedad de mi gesto.

Coronada de laureles
giro sobre la faz de un mundo
que se escurre entre los tiempos aciagos
y el viento donde
la amargura y el trino
se contagian de voces.

No me gustan los aplausos
ni los cantos de sirena
que me obsequian
para henchir las velas de mi ego.
Prefiero el acíbar que fluye del poema
la blasfemia o el oráculo.

Os entrego la hiel
que nació de frutos misteriosos
cuando —ingenua y silente—
invoqué la alegría o el amor
de arena y terciopelo
y no llegó sino la tristeza
recubierta de soles trasnochados.

Tomad mi llanto,
sollozo quieto,
brújula indecisa,

porque mi velero de trágica hermosura
encalló nuevamente
en la soledad antigua de los vientos.

MISIVA DE ANTÍGONA

A Norma Padilla Gálvez

Querido y odiado Creonte:

Acaso no puedas ver
desde tu oscura estulticia,
este cuello virgen
donde pongo el lazo
que me llevará a las tinieblas.

Pero vana es tu razón
y acaso no acierte nunca.
Por eso no verás jamás
a los nietos que el hijo tuyo te prometió
a partir del día en que
quiso perpetuarte en mi vientre.

Renuncio a la vida
—y a todo lo que en ella prospera—
aunque en el dolor me abisme como una fiera herida;
y porque a pesar de tu proclama vil,
cubierto de besos y rocío
mi hermano,
ajeno a los cuervos indómitos y turbios,
yacerá bajo la tibia tierra.

No proclames victoria todavía:
junto al lazo que se anuda en mi garganta
se anudará la esencia de tu hijo
y su madre, la esposa tuya,
velará nuestro último suspiro
antes de entrar en las tinieblas
donde quisiste sepultarnos.

No me juzgues, Creonte, antes del día último
ni llores lo que vendrá
 antes de tu anochecer sombrío:
tu aullido final llegará
desde el páramo que dio vida a tu soberbia.
 Vivirás, eso sí,
envuelto en las crines del monstruo
 que en lugar de corazón te floreció en el pecho.

MISIVA DE IO

Padre:

Trastornada de angustia
he recorrido medio mundo:
ya por mi envoltorio de blanca pelambre
o por las mil saetas de tábanos oscuros.

Inútil fue el consejo que me condenó al destierro
cuando tú,
—débil y sumiso—
me apartaste de aquel que buscaba
—como macho cabrío—
el instante de fuego que abrigaba mi cuerpo.

Vano mi exilio:
yo también buscaba el prodigioso instante
en que el fuego se convierte en lava
y se transforma en cicatriz eterna.

Ni el temprano oráculo, ni el terror de los celos
detuvieron la flecha:
antes bien
anidó como estrella
en el monte que Venus consagró a los placeres.

Y tú, padre, me entregaste al destierro
que más temprano que tarde
se desgarró en tristeza.

Cien ojos tiene
—abiertos o cerrados—
el pavo real que guarda en la memoria
mi cautiverio de siglos;
y apenas dos alas tiene aquel

que me devolvió al jardín
donde encontré de nuevo
la flor ignota que multiplicó mi sangre.

MISIVA DE CASANDRA

Querido:

Me quitaste los velos oscuros
y me diste la luz para escrutar misterios
cuyas dagas se hunden
en heridas
que avanzaban del ayer al mañana.

Gracia simbólica fue
—o acaso vengativa y cruel afrenta—
porque al negarte mi fuego de tibias oquedades
nadie quiso advertir
que mis ojos tenían resplandores
de inequívocos signos;
y aunque fluían de mi lengua
torrentes empañados de luto,
era más cómodo ignorar,
era más sabio presumir mi locura
que preparar la razón para ganar todas las guerras.

Te ofendiste, Apolo,
porque no jugué en tu jardín de deleites
ni acepté tus favores en mi tálamo virgen:
no bajan de los árboles los frutos
que se compran de antemano
ni resurge la aurora si la noche no muere.

Yo, vidente ineludible,
regreso en sueños a mi antigua ciudadela,
aunque en mi cáliz de nardo se marchiten presagios;
y tú, soberbio y poderoso,
vibrarás en tu lira incendiado de himnos
recordando el futuro que te dejé en el pecho.

MISIVA DE NÉMESIS

Queridos todos:

Guardo en mi seno vigilia de siglos
y miles de ojos atentos hurgan en la conciencia
 que ustedes, casi siempre,
esconden bajo el manto, la piel o la sonrisa;
o que disfrazan de bondad con hipócrita gesto
porque sus huellas tienen
 la misma medida de mis pasos,
porque sus miedos palpitan
 con el mismo temblor de mi ira,
y porque su angustia se abate
 con el mismo silencio que me cubre.

No me someto a los dioses ni a sus rencores
 e ignoro sus tretas favoritas
 con los que suelen empañar el horizonte;
tampoco acepto sus razones
 cuando cambian el trigo y adulteran la siembra
que más tarde devendrá en frutos taciturnos.

No hurto la lluvia ni el canto
 para esconder o proclamar virtudes
porque ni el sol se oculta antes de la hora prevista
 ni el viento se doblega sin alterar su consigna.

Llego sí, pronta, y en el momento justo
 en que ustedes, mentira en mano,
pretenden que la rueda del tiempo precipite su marcha
 para que mi venganza se convierta en olvido
 —ignorando acaso—
que los puñales también florecen
 más allá de la muerte.

MISIVA DE ANDRÓMACA

Mujeres:

Ni en torre de cristal
ni en pétreo fortaleza
conservamos las cenizas que
los hombres y sus guerras absurdas
nos endosan impíos.

Las tenemos
—cenizas irredentas—
labradas en los pechos
de donde arrancaron a los hijos
para que otros
perpetuaran el odio que socavó el futuro.

La guerra profanó nuestros cuerpos
y arrancó de cuajo
los hijos que venían clamando luz,
rocío, mieles generosas
y azucenas de infancias impolutas.

Guardamos esas cenizas en los ojos
para no obnubilar la memoria
ni aceptar acuerdos de perdón
sin justicia que pueda
—al menos—
mitigar las afrentas.

Yacen heridos nuestros muros sagrados,
los cuerpos nuestros se desangran todavía
bajo el asedio de las armas,
bajo el negro y arbitrario manto
que cubre lujuriosas tretas.

Los clarines sombríos
apañan el golpe seco
de los hombres que también cayeron
sin nombre y sin bandera.

Fuimos y somos botín de guerra,
lágrimas que se incendian cada día.
Pero seguimos siendo voces
cuyos ecos
—torrente justiciero—
mantienen las cenizas que quedan
palpitando entre la ira y la memoria.

MISIVA DE FEDRA

A quien interese:

Dicen que la vergüenza
ronda silenciosa
entre las sábanas que nunca vieron
frutecer mis deseos.

Mentir no entibió mi piel
ni colmó de dulzura
el manantial que esperaba
desbordarse en corriente
al conjuro del placer
y del gemido.

Mentir me coronó de espinas,
y labró el castigo del ajeno amante
condenándolo a las rocas destructoras.
Entonces, esencia suave se derramó
entre la sangre y las aguas oscuras.

Puñal de fría lumbre
espera hacer nido en mi corazón.
Apenas escuchará la brisa suave
que envuelve el lamento de aquel que murió
rechazando mi seno ardiente y plañidero.

No niego la mentira de provocadoras muertes
y me duele la causa fatal del desafío.
Pero no doblego mi voz y la libero
frente a la cárcel
que puso entre sus rejas
el ansia que los dioses clavaron en mi pecho.

MISIVA DE SAFO

Querida Afrodita:

Muchos siglos después
de supuestos como inciertos encuentros,
 mi palabra y la tuya
se siguen convirtiendo en sal o en roca.

Sal de mares para ahogar las ansias
 que pueden o no brotar de la ternura;
o de inequívocos signos
 que nadie acierta a descifrar
desde que la razón y la pasión
 se desencuentran cada día.

Sal de mares para inventar victorias
que se escurren entre mis dedos
 de frágiles memorias
 y de eternos ayunos
sobre mi piel de arena sedienta de palabras.

Sí. Rocas labradas
con pedernales todavía vivos
en el filo de los tiempos
 de bravíos huracanes.
Rocas que luego se tornan
en ecos de pasadas guerras
 y perpetúan las lágrimas
de aquellos que huyeron de la vida
 desde la más dura cúspide
de una roca inventada por el amor
 o por la imaginación de cielos
ahíos de tormentas.

Por eso mis versos
convierten la palabra
en sal o en roca que avivan el silencio.

Por eso se postran, cada día,
 hilvanando una plegaria.
Son, por eso, más ligeros y más dulces
que los gorriones que te llevan
 hasta el sol
y que luego, diáfanos y presurosos
 descienden
 entre la sal y la roca
donde se ahoga la huidiza historia
 que los siglos tejieron
entre mi palabra y la tuya.

MISIVA DE ARIADNA INVICTA

Desde el extraño laberinto
de tus noches
vuelo invadida
de espermas y recuerdos.

Pero he dejado antorchas
en cada pasadizo
donde bebíamos el vino
y la cópula
de cada día nuevo.

Y tú
ahora doblemente ausente,
mitad toro, mitad hombre
buscas el túnel
que abrasaba tu fuego
con la ira
de todos los relámpagos
y la furia
de todos los silencios.

Estoy dejando atrás
el extraño laberinto de tus noches:
vuelo
sobre mar abierto,
con alas cada día renovadas.

Y muy cerca del sol
invadida de espermas y recuerdos,
mis alas se templan
y emprendo, triunfal,
el retorno hacia el olvido.

CASI MISIVA

Hoy recorrí la carta
donde quedaron prendidas tus pupilas
y el pulso de tu mano.

Recorrí aquel camino verdiazul
donde las tildes jugaban al futuro
y el pasado era tan breve
como la ñ del mañana.

Tropecé con las dudas,
las afirmaciones al vuelo,
las promesas de fuego
y de vez en cuando
un borrón sabía a lágrima
desconocida y ciega.

Suave hilván
para escalar tu cielo
o dura roca
para hundirme en tus aguas,
yo, desnuda de olvidos
trepo hasta el confín de las sílabas
donde quedaron prendidas tus pupilas
y el pulso de tu mano.

LOS ELOGIOS

ELOGIO DE LA LUZ

A Luz Méndez de la Vega

Tránsfuga,
etérea
y sin embargo, eterna.

Torrente,
imprecisa lluvia
que describe el retorno
a la profundidad del silencio.

Rayo impredecible
entre el viento y el agua.

Tierna herida
en el despertar del rocío.

Misterio que antecede al trueno
en el rescate de la verdad oculta.

Milagro del ojo
para reinventar el universo.

Reveladora de pájaros y vuelos,
de colores y distancias.

Velo que envuelve
la epidermis del tiempo.

Energía invasora
más allá de la cueva y las edades oscuras.

Viajera del espacio
en la antigua ruta
de la razón y la palabra.

Reposada fragancia
donde la raíz del ser
aguarda,
tránsfuga y etérea,
la resurrección y la vida.

ELOGIO DE LA FLOR

A Margarita Carrera

Gota de iris,
 lúcida y perfecta
se alza
desafiando las más altas torres.

Resplandor que navega en tierra firme
 con una vela suave y audaz,
 profética y certera.

Testimonio de milagros,
 inunda las colinas de las meditaciones
 y el reino inaccesible de las respuestas exactas.

Vibración inédita
 en los templos donde los dioses y los hombres
 intentan descifrar la eternidad.

Palabra y música,
 su corola silenciosa
 anuda los mundos divinos y profanos.

Maravilla impecable,
 retiene en su fragancia
 la explicación de todos los enigmas.

Amiga de la primavera
 dormita sin epitafios bajo la nieve
 y espera —triunfal—,
 el regreso sobre el tiempo y sus heridas.

Ni canto de sirena ni fuerza de cíclope.

Tan sólo claridad,
huella imperdible,
magia sin mago,
alma que se rebela ante la nada,
plenitud,
canto de vida.

ELOGIO DE LOS VIDENTES

A Marcela Valdeavellano

Suma y canto de lo no revelado
antes del día último.

Mano abierta en las constelaciones
donde el tiempo recobra la palabra
para agregar un vuelo más
en la cuenta de las horas.

Dádiva en la primera noción del alba,
en el pulso del zodíaco,
en la cresta del calendario lunar,
en la faz del Gran Torrente.

Río en el signo inescrutable de las estrellas
manantial en los planetas deshabitados
flor en la lava de los volcanes.

Fuego en la casa de los siglos
viento en el corazón del cielo
tierra en el desasosiego del navegante
agua en la sed de los desiertos.

Mañana para el hoy que florece y se acendra
en el perfil de las cartas esquivas;
sueño, acaso,
donde el vidente derrama
la más intensa luz,
la más negada plegaria.

Suma y canto del trébol de cuatro hojas
donde la imaginación es rocío
convertido en diamante.

ELOGIO DE LAS DANZANTES

A Julia Vela, Blanca Rosa Quiñónez
y Andrea Álvarez

Apenas un punto luminoso en el espacio,
girasol, cometa,
ave intangible en la memoria del viento.

Colibrí que sonrío
desde la más alta tensión
del músculo infalible,
del giro ineludible;
del cuello donde el cisne
rememora la placidez del agua
y su virtud de espejo.

Cuerpo que tiembla y se expande
en el arco y en la tecla,
en la proximidad del silencio
y en la apoteosis del trino.

Ojos y oídos que duplican la música
que se vierte en ola o manantial,
en calidez de abrazo cósmico,
en candor de sílabas y esperas.

Alma que recorre, triunfal,
los parajes del tiempo.
Aroma que reverdece en cada encrucijada
donde titilan estrellas de ojos nuevos.
Agua que se derrama
sobre la tierra o el fruto solitario.

En la esquina transitoria
donde llueve la magia y la luz

el colibrí rememora el tiempo
que titila con candidez
 de cometa inalcanzable;
y el girasol,
 intemporal,
 se ilumina de pronto
 con un nuevo fulgor entre los ojos.

ELOGIO DE LA AMISTAD

A quienes generosos me la brindan y
generosos me la aceptan.

Fruta intemporal en el desierto.
Agua en la soledad de los espejos y las arenas.
Onda que impulsa al manantial
a convertirse en río,
en torrente, en mar sin límite.

Brisa y savia para alimentar
las raíces del árbol
que se explaya sin rubores
en los costados del nuevo paraíso.

Bálsamo en la herida
plagada de angustias o rencores.
Leche y maná antes y después de la tierra prometida.
Voz en el silencio del miedo y el espanto.
Rocío en la costra reseca del olvido.

Miel en la desesperanza de Sísifo.
Vino y pan en la angustia de Tántalo irredento.
Cera bondadosa en los oídos de Ulises,
Hilo en las manos de Teseo.

Flor que renueva primaveras
en medio de los veranos antojadizamente breves.
Luz que puebla de metales el otoño
sin olvidar que el invierno
nos espera en la próxima esquina.

En la curva del tiempo,
corazón que se ensancha
como un *Ángelus* poblado de trinos

para que nuestro cuerpo, huidizo velero,
emprenda el retorno
con una sonrisa entre los labios.

ELOGIO DEL ESPERANTO

A Consuelo de Sánchez-Latour

Idea y voz para nombrar
sin límite de artificiosas geografías,
el alba, el trueno, el sonido del viento,
las constelaciones y
los torrentes de luz sobre la tierra.

Búsqueda del rayo milagroso
para impulsar los relámpagos
y hacerlo florecer con nombres urdidos
en la misma raíz
donde anida
el fuego, la pasión,
la bondad impoluta.

Sueño para poder decir
cielo o decir *nube*
olvidando por siempre las fronteras;
y concentrar, en cambio,
las mejores esencias del habla,
de la humana voz y la palabra justa.

Pero sueño al fin,
utopía inalcanzable,
Babel se rinde
a los misterios de las lenguas
que enraízan el corazón
en su propia eternidad,
en su canción
hecha para librar batallas
e irradiar sus propias luces.

Utopía, sueño y vigilia donde,

sin embargo,
seguirán ardiendo brújulas y faros
para decirle a los humanos que todavía es posible
—en milagro de amistad—
construir un mundo con una misma lengua.

ELOGIO DE LA IRA

Turbia amante
de los dioses oscuros.

Ineludible callejón donde las tempestades
intentan victoriosas salidas.
Borrasca donde anidan
escorpiones y silentes oráculos de hielo.

Embriaguez de espuma
que carcome los plenilunios
cuando la tierra intenta
girar sin armaduras
de pétrea soledad.

Viento lúgubre
que engulle corolas
entre el salobre torrente de sus fauces
indefinidamente abiertas al vacío.

Río tumultuoso
de recuerdos ingratos
y violines vencidos
en medio de la vid y su vendimia.

Rito negro o rojo
para vengar la ofensa
que arde, convulsa, entre cenizas.

Milagrosa redención para volver
a creer en el hombre y sus virtudes.

ELOGIO DEL MAR

A Claudia Arenas Bianchi

Primigenia raíz
de líquida arboladura.

Nácar que se multiplica en espumas
de inquietante desliz sobre la arena.

Flor migratoria,
hechizo que danza con la música
que inventaron las mareas.

Arrogante vaivén para encumbrarse
desde todos los puntos cardinales;
entre el ir y venir de la tierra que flota
en caricia perpetua;
entre la brisa casta
o la tempestad rugiente.

Trueno, viento, gigantesca molécula;
milagrosa matriz
que inventó la vida
desde los milenarios glaciares
que confirman el fruto
de su amoroso vientre.

Cúspide vital,
paraíso de insignes arcángeles;
voz que clama en los desiertos
para que el cielo le devuelva
el milagroso torrente de la vida.

ELOGIO DE LOS JARDINES

Millones de luz
multiplicados en polen.

Ríos vírgenes
en el sustrato que vierte clorofilas.

Después,
cada instante
hecho añicos en la flor,
en la hoja,
en las ramas virtuosas,
en el clarín del viento
que en duermevela se declara.

Sonidos de arcoíris
se abisman, trémulos
en el bulbo promisorio
y en la corola intacta.

Aquí, el aura luminosa
que corona la fiesta de las raíces que sonríen
más allá de la primavera,
más cerca, sin sentirlo,
del invierno implacable;
más allá del dorado otoñal
donde los veranos sucumben.

Allá la dispersa claridad
de la blancura o del bermellón intenso
donde empieza y termina
la arboladura de la sangre.

Aquí el verde indescifrable
que divide en átomos
el tiempo y sus perfiles.

Cuando la luna ancla
su leche inmarcesible
en el vergel prodigioso;
entonces el milagro florece
con la magia
de su más honda fragancia.

La lluvia, la abeja,
la hormiga y
su estrategia de silencios,
cuentan historias
que el hombre no acierta a penetrar
en el ignoto signo
donde hojas y flores
abren nichos de luz
en la corteza milenaria de la tierra.

Brotan así
los colores
inverosímiles y puros
para entonar el himno
renovado de la vida.

ELOGIO DE LA TRISTEZA

Cuerda silenciosa
de algún musical instante.

Sueño frugal en una esquina
sin tiempo ni destino.

Estrella caída desde el cielo más alto
y la espuma más blanca.

Lágrima escondida
en cada trébol
donde dejó de florecer la luciérnaga
que ilumina la voz
y el hechizo de las bocas sonrientes.

Cáliz opaco para negar el vino prodigioso
en los altares
y en el crisol del véspero risueño.

Luz sin magia que restaure los vientos.
Orfeo que evoca, insaciable,
la orfandad de la mañana
y el túnel perenne de la noche.

Inocencia que vuela
buscando el canto que nos devuelva la memoria
en algún musical encuentro.

ELOGIO DE LA PACIENCIA

Apenas perceptible llama
para alumbrar la inequívoca distancia
entre la floración y la muerte.

Ventana donde el horizonte se duplica
hurtando a dentelladas la verdad
que nos niega sus alas.

Quietud milagrosa
para resistir la encrespada veleidad
de olas y silencios.

Tierna canción para esperar que amanezca
sin pedir a la aurora que nos llene de luz
porque estamos cansados
de un dolor sin riberas
que parece marchitarnos
sin piedad ni cordura,

Como ramas sin vida
nos arrastra la angustia;
y sin embargo,
Job nos habita, nos abriga con amoroso canto
y nutre de sangre nueva
las horas que nos faltan
para ver ¡tan solo!
la eterna fuga de una estrella sin rumbo.

ELOGIO DEL DESAMOR

A mi computadora

He vivido contigo tantos años
y sin embargo,
¡innegable y tardío amor!
aún no he podido poseerte
total y absolutamente
como fue y sigue siendo mi deseo.

He recorrido tus secretos con mis manos
apoyando mis ojos en tu extraño territorio
invadida de pulsos diferentes
y de palpitaciones casi desconocidas
a mi carácter
y a mi inquietante ritmo cotidiano.

A veces te siento suave al tacto,
dócil, obediente en la tarea;
tierno y humilde como un perro triste.

Otras veces
he dejado caer mi cabeza frente a ti,
suplicándote que depongas tu frialdad,
tu rígida presencia, tus silencios prolongados.

¿Qué diera yo —a veces—
por una sonrisa tuya,
por una pequeña señal de asentimiento,
por una mínima afirmación
en tanto voy palpando uno a uno tus poros,
tus secretos más velados,
tus desconocidos horizontes.

Tiemblo sobre tu piel firme
y sensible a mis deseos,
al beso de mis ojos
sobre tu superficie inerme
y paradójicamente poderosa.

Me agito y enloquezco de envidia
midiendo mi pasión
con la programada esencia de tus razonamientos.

Te hiero o acaricio con mi palabra,
mientras mis manos vierten miel o hiel,
ofensas o alabanzas
sobre tu fragmentada arquitectura.

Se estremecen mis venas
cuando te adhieres a mí sin interrumpir
el ritmo que me incendia en tu contacto sin límites.

Me ilumino de ti
cuando respondes a mis ruegos
y transmites a mi cuerpo tu calor
hecho presente,
pasado
y futuro al mismo tiempo.

Entonces,
¡qué tibio,
qué ardiente el hilván que nos amarra
y nos funde como un solo cuerpo
en medio del día o de la noche;
en el oscuro rincón de la oficina
o de la casa que compartimos diariamente!

¡Qué triste cuanto te niegas
al acoso de mi mente,

de mis manos,
de mis palabras
y de mis deseos ardientes
 como el sol en su más alta cumbre!

¡Qué intenso dolor
cuando te detienes en medio del momento
más espléndido de mi amor;
o cuando decides hacer precisamente lo contrario
 de lo que endulza mis momentos
 de encendida plenitud!

Somos
 una trenza de extrañas diferencias:
tú, el orden y la programación inalterable;
yo, la locura de sentir y amar,
 el capricho de crear
 o la angustia de la tarea protectora.
Tú, gris
 y ajeno invariablemente a la risa;
yo, de colores festivos,
 optimista frente al camino incierto.
Tú, seguro de tu próxima muerte;
yo, endiabladamente ansiosa de vida y alegría.

Mi innegable y tardío amor:
me enredé contigo sin sentirlo
y ahora se me hace
 difícil dar marcha atrás.

Te siento apenas en el pulso de mis manos.
Distante, esquivo,
ajeno al amor que te profeso
 en este otoño de maravillosas experiencias.

Te invado y tú, sencillamente ausente.
Te invoco y tú, inmóvil,
 como el faro en medio de las aguas turbulentas.

Mi luz te acosa
 y tú apenas te abres al espacio
 donde voy poniendo mis palabras,
 mis sueños,
 mis historias sin nombre.

Mis palabras te buscan
 y tú sólo aciertas a archivarlas.
Si te digo un poema te aburres
 o te diviertes desarmando mis versos
 con puntuaciones extrañas.

¡Qué no daría yo
si tú!
—mi innegable y tardío amor—
al final de cada jornada
 de nuestra tempestuosa relación,
 me enviaras desde ese disco duro
que te pusieron en lugar de corazón,
 al menos un bostezo triste,
 para saber que estás tan vivo como yo;
y que si bien tu lecho rehuirá mi cuerpo
 tú no prescindirás jamás de mi luz y mi ternura.

REFERENCIAS DE PERSONAJES MITOLÓGICOS

Eurídice

Murió mordida por una serpiente. Orfeo, su esposo, cantor de Tracia descendió al Hades y Plutón se la entregó con la condición de no mirarla hasta que retornaran a la tierra. Al no cumplir esta condición, Orfeo perdió definitivamente a Eurídice.

Dánae

Hija de Acrisio. Zeus se introdujo en forma de lluvia de oro en una torre de bronce donde su padre, Acrisio, rey de Argos, tenía recluida a Dánae. El dios la sedujo y ella dio a luz a Perseo.

Cloe

Ninfa casada con el pastor Dafnis. Al descubrir la infidelidad de su esposo lo dejó ciego. Éste, abrumado de tristeza se mató al caer a un precipicio.

Dafne

Ninfa hija del dios fluvial Peneo, fue acosada por Apolo. Para librarla de éste, Gea, diosa de la tierra, la hizo desaparecer y en ese lugar brotó un árbol de laurel.

Zeus

Dios supremo del Olimpo, según la mitología.

Eco

Se dice que mientras Zeus se divertía con las ninfas, Eco entretenía a Juno, por lo que ésta la condenó al mutismo y a repetir la última

sílaba de cada palabra. Además, como Narciso fue indiferente al amor de Eco, ella se retiró a los bosques y él murió consumido de amor por sí mismo.

Pandora

Disgustados los dioses porque Prometeo había robado el fuego sagrado para los hombres, enviaron a la tierra a Pandora con una caja que contenía todos los males posibles. Desobedeciendo la orden, ella abrió la caja, donde sólo quedó la Esperanza.

Atenea

Diosa griega de las artes, la guerra, la civilización, la justicia y la sabiduría. Se dice que nació de la mente de Zeus, por lo que era su hija favorita. Nunca contrajo matrimonio. Fue protectora de héroes y guerreros y venerada en toda la Grecia antigua, principalmente en Atenas.

Perséfone

Hija de Zeus y de Démeter. Según la mitología, fue raptada por Hades, dios de los muertos y se la llevó al inframundo. Démeter la buscó por todas partes y ordenó a la tierra que en ella no creciera ningún fruto; pero Zeus persuadió a Hades para que liberara a Perséfone, a cambio de que ésta pasara una parte del año con su madre y otra con Hades, bajo la tierra.

Circe

Hechicera de la isla de Ea, quien convirtió en cerdos a los hombres de la tripulación de Ulises. Éste se salva del hechizo gracias a una hierba mágica. Obligada por Ulises, Circe los vuelve a su naturaleza original, pero él se queda un tiempo conviviendo con ella.

Andrómeda

Para aplacar la furia de Poseidón y evitar que un monstruo enviado por éste destruyera su reino, Cefeo ató a su hija Andrómeda a unas rocas cercanas al mar. Fue rescatada por Perseo, quien mató al monstruo y se casó con ella.

Melpómene

Hija de Zeus y Mnemósine. Es la musa de la tragedia, por lo que se le representa, generalmente, con una máscara trágica. Según el mito, tenía todos los dones para ser feliz y sin embargo, sólo albergaba tristeza y soledad.

Antígona

Hija de Edipo y Yocasta. Eteócles y Polinices, sus hermanos, mueren a manos uno del otro, peleando por el reino de Tebas. Al quedar Creonte como rey, ordena que Polinices no sea enterrado con los ritos acostumbrados. Antígona decide contravenir la orden y sepulta a su hermano; luego se suicida ella, lo que también hace su prometido, Hemón, hijo de Creonte y de Eurídice; ésta también se quita la vida al conocer la muerte de su hijo.

Io

Ínaco, padre de Io la expulsa de su casa para evitar que Zeus, su pretendiente, la posea o, en caso contrario, la aniquile al igual que a su familia. Sin embargo, Io se entrega a Zeus, lo que provoca la furia de Hera, su esposa. Para salvar a Io, Zeus la convierte en ternera blanca y encarga a Hermes, transformado en pájaro, que la rescate de su guardián, un gigante de cien ojos. Hermes mata al gigante; nuevamente Hera se enfurece y se venga poniendo en los cuernos de Io un tábano que la picaba y que la obliga a huir por el mundo sin rumbo fijo. Su peregrinaje termina en Egipto y vuelta mujer otra

vez, procrea con Zeus a Épafo, a quien Hera arrebató y entonces Io inicia otro peregrinaje en busca de su hijo.

Cassandra

Hija de Hécuba y de Príamo, reyes de Troya. Siendo sacerdotisa de Apolo convino con él, en que a cambio de un encuentro carnal, le concedería el don de la profecía. Ella faltó al pacto y el dios la condenó a que nadie creyera en ella, como sucedió cuando predijo las desgracias familiares y la derrota de Troya.

Némesis

Diosa justiciera que castiga la desmesura y a quienes alteran el equilibrio universal. Su culto se origina en el temor que sentían los griegos ante la cólera divina. Para Hesíodo, Némesis es la personificación del sentimiento moral, reprobador de toda violencia y de todo exceso.

Andrómaca

Esposa de Héctor, el héroe troyano, a quien vio morir en batalla. También sufrió la muerte de su hijo Astianacte, que fue despeñado desde lo alto de una torre, mientras ella formaba parte de las troyanas cautivas que los griegos vencedores se repartieron y llevaron hacia destinos inciertos.

Fedra

Estando casada con Teseo se enamoró de Hipólito, su hijastro, pero el joven rechazó sus pretensiones. Despechada, mintió acusándolo de haberla violado y se suicidó. Teseo entregó a Hipólito a la furia de Poseidón, por lo que un monstruo marino espantó sus caballos y se estrelló contra las rocas. Padre e hijo se reconciliaron antes de que Hipólito muriese.

Safo de Lesbos

Poetisa griega cuya obra ha llegado fragmentaria e indirectamente. En su poesía, según los estudiosos, predomina, con calidad excepcional, la presencia de la naturaleza, la belleza y el erotismo. Tal el caso de un himno a Afrodita, a quien Safo pide ayuda para alcanzar un amor no correspondido. Según un mito, al no lograrlo, Safo se suicida desde una roca. En ese himno se visualiza a Afrodita, bajando del cielo en un carro rodeada de alegres gorriones, una de las imágenes más evocadoras de la diosa.

Ariadna

Hija de Minos, rey de Creta, quien alimentaba con jóvenes y doncellas atenienses al minotauro que tenía en un laberinto. Para acabar con esos sacrificios humanos, Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, se ofrece voluntariamente a matar al monstruo. Ariadna se enamora de Teseo y promete ayudarlo en su empresa, con la condición de que se case con ella. Después de vencer al minotauro, Teseo se lleva a Ariadna, pero la abandona en una isla. Según una de muchas versiones, Ariadna olvidó sus penas y se casó con Dionisio, dios de la vendimia y del vino, quien la llevó a vivir al Olimpo.

SIGNOS ANTIGUOS

ULTRAMAR

“Yo estoy tan perdido como dije: he llorado hasta aquí a otros; haya misericordia ahora el cielo y llore por mí la tierra.”

Cristóbal Colón
Carta de relación del cuarto viaje

“...y desde entonces le pusieron nombre de Tonatió, que quiere decir el Sol o Hijo del Sol y así le llamaron de allí en adelante.

Bernal Díaz del Castillo
Verdadera y notable relación del Descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala

“...procuraba dar a entender a los indios lo mucho en que tenían su paz y amistad y el galardón que habrían si la conservaban con lealtad...”

Fray Pedro Aguado
Conquista del Nuevo Reino de Granada

Originalmente fue publicado con el patrocinio de la Universidad de las Palmas, de Gran Canaria, España. 1991

CRONISTA

Avanzábamos
Con una espada en el vientre
y tres carabelas
vacías de agua dulce.

El camino
era una curva vertical
en sal de antiguas evidencias:
ella anudó su eternidad
y nosotros las amarras de su fuego.

(El mar era una esquina
de gris inevitable).

TRAVESÍA

¿Dónde la brújula
de aquella sed salobre?

¿Dónde la cuadratura
que resuelva el enigma?

¿Dónde el destino
para agobiar la eternidad
que se mueve
en serpientes de ola
y de tormenta?

VIGILIA

Cristóbal
rescata la vigilia al horizonte
y muerde su pluma
de cronista improvisado.

—Razón de sueño
dirá la espuma
 nostálgica de espacio;
—razón de Estado
dirá Isabel
 desde su celosía
 de mediaslunas irredentas.

CRONISTA

Avanzábamos en vela
de frente
o contra el viento
que vulnera los mástiles
con veladuras de ácidos presagios.

Avanzábamos:
un sol de tempestades
viaja embotellado
 atenido
a la redondez cambiante
del mundo y de la ola.

ISLAS AFORTUNADAS

Ahora
las islas afortunadas,
el agua dulce
la alquimia del verde
la opacidad del polen negro;
la savia
para avivar el sueño,
la gota de miel
en las gargantas;
el susurro del tiempo
en las colmenas.

Ahora
el perfil del rocío
en la memoria.

(después
Castilla y su estandarte)

TIERRA

El sol
rompe su círculo.

Pedernales de cristal
dominan el silencio
sobre la algarabía de las velas
y el paisaje
eternamente próximo.

Distantes
—historia o ráfaga oscura—
los pájaros
construyeron catedrales
en la vieja sequía de ultramar;
ahora alargan sus alas
en pirámides
de vértigo
hacia el cielo.

Ahora
se sublevan las velas
frente al sol
desvaído en los pájaros;
en el tiempo del iris
duplicado en los cerros
y en los tréboles deshojados

con un sabor ardiente
parecido al rocío.

¡Oh victoria del ansia
desde la curva vertical de la ola
hasta la tierra
que tiembla por primera vez
en la entraña y la piel!

CRONISTA

Tocábamos el cielo
con los poros del asombro

Truenos indescifrables
nos llenaron los ojos
y el vacío de tierra
que traían nuestros tímpanos viejos.

(Ciertamente
la color de su piel
era un topacio extraño
entre el brillo del ojo
y la sonrisa)
Ellos,
habitantes de túneles extraños
sabían medir el tiempo
en las estrellas;
con nosotros aprendieron
que el reloj retrocede
con un filo de espadas
en el vientre
y huracanes que barren,
de golpe,
la memoria.

ESPEJITOS

Es vender dos veces
la misma enredadera
o empezar
la cuenta al infinito.

Por eso retornan las naves:
es preciso volver sobre la ruta
y traer
entre el puño y la alforja
la misma enredadera,
el mismo sol en la botella;
la misma tempestad
vuelta brisa
a fuerza de mirarla
en un espejo.

ESPADA EN TIERRA

Más honda y vertical
que la ola
primeriza en el tiempo
se hundió la espada en la tierra.
Olvidaron la eternidad
de las estelas
y las cresterías
que besaron el cielo
surcando escalinatas
de ciencia irrepitable.

Dejaron bajo el árbol de Ixquic
las siete calaveras de
ultramar
y las siete virtudes con las que el ángel

de la bola de oro
empeña su palabra.

Negaron la sabia geometría
de los templos
la fragancia suspendida
en las flores del jade
y las palabras del glifo
que rumiaba silencios.

Más honda y vertical
que la ola primeriza
cayó la espada
sobre los hombres
que dieron redondez
al círculo eterno de la
tierra.

HIJO DEL SOL*

Turbio de soles
desenvuelve su melena
de rayo y tempestad.
El férreo estandarte
sacude entraña y virgo
de lunas primigenias
e hilvana terremotos
desde la última sima
donde Abel recupera
la quijada del buey
y los frutos ambiguos de la muerte.

Turbio de soles
—cometa vulnerable—

* Se refiere a Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala

usurpa el fuego de los dioses
para quemar a los dioses
que tienen en sus llagas
testimonio
del fuego de su paso.

¡Oh capitán
de mástiles violentos:
dura entraña se quema
en el sol de tu nombre
y por tu nombre,
capitán de ira impostergable,
de amarilla crin rebelde
que ruge en el rojo
de todas las colinas
de sangre indescifrada!

TATUAJE

Ahora,
en la piel,
el surco de ultramar
sembrado en esta esquina
de verde inescrutable.
Tatuaje en la memoria.
Espuma que se encrespa
en la estela donde duermen
las viejas historias de los astros
con la misma eternidad
de las tinieblas.

Esmeril en la piel
guarda grabada la consigna
acerca del tiempo,
la ola
y el silencio.

Tatuaje y surco
solamente quedaron
en guardia desde el cielo
esperando que la tierra
se vuelva redonda nuevamente

VERBO Y CRUZ

Hay un prodigio de gozo
en nuestra lengua:
un gozoso misterio en retomar
el trino
el vuelo del ángel
la oración del juglar
el verbo
el ruido quebrado de las olas;
la cresta eriza
de los amaneceres
la tibieza del pan
entre azahares.

Hay una cruz de prodigio
nublada de ultramar,
de fuego eternizado
en la corteza de los códices
y en la piel de los hombres
que aprendieron a contar el tiempo
en las estrellas.

Prodigio cruzado de palabras
para empezar de nuevo
el recuento olvidado de los siglos.

CREDO Y CÓDICE

Alas de clarinero

sobre la rubia crin.
Catedrales y pirámides
ángeles y estelas
en la doble proa
de canoa y carabela.

Tierra y mar
sobre el credo y el códice,
fragua y fuego
del esperma y la savia.

Ritmo y tiempo
—cruz y piedra—
sostienen la curva interminable
llegada de ultramar.

OTRO PEDRO *

Pedro susurra
—campanita en mano—
que las puertas del cielo
han dejado su llave
en tierra firme:
siempre fue más dúctil
al temblor que asciende
del vientre a la garganta.
Cubrió de campanitas
su vía crucis,
los ingenuos belenes,
el humilde esquisúchil **
de su patio trasero
y el frío que socava los altares.

* Se refiere al Santo Hno. Pedro

** El árbol sembrado por él

Isla afortunada ***
la arena de ultramar
que cubre su sonrisa.

OTRA VEZ ESPEJITO

Reverdece
intermitente
la misma enredadera:
la cuenta al infinito
de ida y de regreso
en la misma orilla de la ola
que se niega al retorno.

Por los siglos de los siglos
la espuma es un espejo roto
donde la brisa arrecia
en tempestades
después del anclaje de la nave
y anterior a la vela
que se agota.

Volvemos
espejito,
a mirarnos el rictus duplicado
y a vendernos dos veces
la misma enredadera.

RETORNO

Quinientos años después
la brújula vacila todavía.

*** Se refiere a Tenerife, Islas Canarias.

La ola es la misma curva vertical
donde el moho y la historia
inscriben su silencio
con cien mil púas
de ceniza y espuma.

Aquí el color,
el grano prodigioso
los abismos oscuros
del iris en los pechos,
la esencial arboladura
para entender la eternidad;
el místico roce de las sementeras,
la música en el árbol
que perfuma los pros;
el colibrí gigante,
el vértigo que anuncia
la altura milenaria;
el ala suave
del ángel prehistórico.

Aquí la redondez definitiva.
Quinientos años después
el sol retorna embotellado
y vacía de imperios
la redondez quemante de su curva.

CRONISTA

Ahora
retomemos
la curva del tiempo.
Después
recordaremos
la eternidad.

NOS HABITA EL PARAÍSO *

“Desdichado gusto, que durando por un tan breve momento, es castigado con eterno tormento”.

Fray Luis de Granada

“El cuerpo es, en última instancia, la única cosa que cada uno posee íntegramente y aún así esa posesión es por un limitado período”.

Robin Morgan

“Levantémonos de mañana para ir a las viñas,
miremos si están en ciernes las vides,
si las flores brotan ya los frutos,
si florecen los granados;
allí te abriré con más libertad mi corazón”.

Cantar de los cantares

BALSA A CONTRALUZ

Ritmo de espadas
y agujas migratorias
sostienen las aguas huidizas.

Perfiles al encuentro.
Increíble vaivén
donde las olas recuerdan
la movidiza continuidad
de sus volúmenes en fuga.

* Originalmente fue publicado con el patrocinio de la Universidad de las Palmas, de Gran Canaria, España. 1990.

Olvido
de las sábanas,
 remos y brújulas
 abordan la doble superficie
de manos,
ojos
y senos en vigilia.

Sigilo del torso,
el escarceo
 sacude los siglos
buscando la tenue
 —fina hebra—
de líquenes y sales peregrinas.

Olvido de las sábanas,
los recodos tiemblan
entre la luz que invade
relieves y silencios.

Balsa.
Argos.
Proa
que afina su temblor
hacia soñadas Espérides de fuego.

Vuelo.
Reencuentro de sombras.
Redondeces navegando en la luz.
Extremidades,
 aves de paso,
cabezas, vientres,
 tempestades,
dedos y cartílagos,
 mareas.

Balsa sobre mares huidizos
sombra herida
en olvido de sábanas.
Balsa de epifanías y silencios.

Miles de años resucitan
venciendo,
a pausas,
a dolores oscuros,
la luz,
la contraluz,
la sombra.

PALABRAS UNGIDAS EN LA PIEL

Bitácoras de incendio
en esta travesía indomable.
Tatuajes
y códigos sin clave conocida.

Manos unguidas de palabras.

Recorrido triunfal
para absorber la sal que resucita
más allá de los poros
más acá del deseo
que se abisma
en túneles remotos.

Estalactitas buceadoras
de náuticos arcángeles ocultos.

Nervio y palabra arden
¡oh navegantes salobres!
en la huella

de todos los peregrinajes
donde encallan, urgidas,
nuestras manos dicentes.

ORILLA REDENTORA

¿Dónde,
si no en el beso,
encontraremos la orilla redentora?

Leve espada
anida y combate
compartiendo la savia
que deviene en torrente.

Uva frugal.
Ayuno de antiguas plenitudes.
Agua y jugos
humanamente turbios,
 coronan,
sin laureles,
la puerta vital del paraíso.

Besos de eternidad
 marcando territorios,
colinas,
cavidades.

Antorchas en la balsa.
Lengua y labios
 avanzan
en lúbricas saetas,
 hasta la vieja orilla
que redime
la irreverente ambigüedad del paraíso.

EL DESEO NAVEGA EN SOLITARIO

El ahora
es río que vuela
cruzando eternidades.
Tensa correntada
de voltios indomables busca
—sin alcanzar aún—
la orilla del misterio.

Todo el deseo
navega en solitario:
 remero y capitán hacia el
encuentro.

Marejada que inunda la ribera
donde el arpón
 —mitad espuma,
 mitad fuego—
se volverá
de pronto
pez,
marinero
y cazador sin flecha.

PROA Y SAETA

Ciego además,
 buzo,
 anguila.

Proa y saeta.
Pedernal en tiniebla.
Transitoria perennidad,
 volcán.
Aguijón de relámpagos oscuros.

Paso al tiempo:
ardida claridad
navega mar adentro.

CRESTA Y ESPUMA

No en la cresta de la ola.
No en la extinción
de su espumoso vientre.

Sí
en el instante
en que se alza y descende
hurtando eternidad
entre olvido de sábanas
y el leve,
lento
rompimiento de túneles y voces.

Ascenso a contraluz.
Fuga
hasta el abismo insondable
que mece su agonía
en un recodo
de minutos tirados al vacío.

Ser y dejar de ser
en la cresta y en la espuma.
Ritmo agónico
urdido
en antiguos manantiales.

Ademán
donde transita la sal
que asciende

y descende
en vuelo eternizado.

ARCÁNGELES REBELDES

De pronto
los dioses
recobran reino y espada
y la epifanía
estalla entre la cresta y la espuma.

Ardidos en el goce
—terrenales y eternos—
los arcángeles develan el
misterio.

Y en esta balsa
no hay puertas que impidan
la entrada al paraíso.

ECO DE SOMBRA

Apacentan las olas
—balsa en mar abierto—
su rebaño de mieles.

Brida quieta
que reposa la calma
en memorias
e hilvanes de hierba.

El volcán se suaviza
y celebra mansedumbres
cobijando la sal
y la estrella

donde cuerpos y ángeles
—a galope tendido—
revivieron contraluces fugaces.

Espuma y cresta
el volcán se suaviza
en un eco de sombra.

NOS HABITA EL PARAÍSO

En nuestros templos
habita el paraíso:
profundo y claro
en la oquedad que dejan
los besos
y el temblor de espasmos milenarios.

Ahora
el fuego es apenas un roce
en la curva del tiempo,
un trecho recorrido
en algas,
tibiezas y recuerdos.

Nos habita el paraíso
urgido de fragancias;
tatuamos en la piel
arcángeles inermes
y dejamos así
—balsa y fuego.
las próximas estrellas de quietud
en la memoria.

LUZ EN CONTRA

Envueltos en la sombra
avanzan
ojos,
luz
y eternidades.

La balsa ancla
su inmóvil lucidez
en la proximidad del paraíso.

Ahora
luz en contra
navegan ecos nemorosos
y algas retenedoras del silencio.

Pasto etéreo
retoña
en olvido de sábanas.

Aves de paso,
veleros indecisos
cresta y espuma
eclipsan su dorada epifanía.

Paso al tiempo:
ardida claridad
navega en mar abierto.

Cantos rodados, de Delia Quiñónez, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2018, en los talleres de la Tipografía Nacional de Guatemala (18 calle 6-72, Zona 1, Ciudad de Guatemala). El tiraje fue de 1,000 ejemplares.